

Elegía otoñal

Era en estos lugares, al amparo
de alamedas estáticas y líricas,
frente a los Andes de nevadas alas,
entre olorosas, virgilianas viñas.

Cuatro casas al campo, cuatro huellas,
una acequia jovial, una capilla...

Era en estos lugares, este viento
sobre las mismas ramas se envolvía;
aquí está el caserón de anchos pilares,
la antigua parra, la filial glicina...

Aquí, los viejos sauces, agobiados
de cielo y melodía,
y estos caminos de buscar el alma,
eterna fugitiva.

Y por los mismos valles, a tu vera,
mi brazo en tu cintura todavía,
he recorrido, soledosamente,
las sendas de otros días.

Partimos como otrora por el mismo
camino del poniente. Te sentía
como una rama de mi ser, cantando
al viento del ensueño la alta vida.

¡Cómo cantaba el agua laboriosa
entre el sonoro despertar del día,
al deshojar los pájaros al alba,
frenéticos de albricias...!

¡Cómo invitaba a divagar el cielo
cuando al ocaso, la montaña ardía,
y era la tarde una plegaria dulce
de la luz que partía!

Tan arraigados en nosotros íbamos,
a través del ensueño y de la vida,
que éramos parte del paisaje. Toda
la tierra a nuestro paso lo sabía.

Por nuestras venas dialogaba el agua,
éramos la llanura entredormida;
el estremecimiento de la hierba
nuestro pulso sentía.

Todo sendero nos llevaba al bosque,

toda ansiedad al bosque convergía;
allí la paz y la belleza, el sueño
dialogado en caricias ...

¡Si hubieras muerto allí, sobre mis brazos,
iluminada por aquella dicha!
¡Si hubiera muerto yo, sobre tu pecho,
una tarde indecisa...!

Mucho mejor que esta labrada ausencia,
de punzantes vigiliás,
que este llanto silente
por lo que no se olvida ...

Hoy he pasado por allí. En el tiempo
mi corazón te repetía.